





TRAPISONDA

UNA VIDA EN NEGRO



Juan José Villadóniga

TRAPISONDA
UNA VIDA EN NEGRO



Primera edición: octubre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan José Villadóniga

ISBN: 978-84-17548-46-9

ISBN digital: 978-84-17548-47-6

Depósito legal: M-29534-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Elena, mi mujer y mi mejor correctora.
A mis hijas.*



Con los sueños se cumplen todos nuestros deseos, se reducen
los complejos y se realizan las hazañas del subconsciente, libres
de la cárcel de la razón.

JUANJO VILLADÓNIGA



Algunos lugares que aparecen en esta novela son reales, pero manipulados en la narración. Los personajes son inventados, igual que los hechos que se narran en ella. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.



1

La luna ilumina pálidamente las calles, como el viejo faro guiando vidas y destinos, cubriendo con un manto plateado la incipiente noche que avanza alargando las sombras. Algunas estrellas asoman tímidas, son pequeños puntos luminosos, orientando a los perdidos, a los nostálgicos, a los aburridos que, impávidos, las contemplan en sus constelaciones. La ciudad comienza a sumirse en la rutina del ocaso, los noctámbulos habituales inician, como zombis, un recorrido entre pasadizos y calles para, finalmente, perderse en el laberinto de la noche y chocar con los mismos muros de siempre.

Una moto rompe el momento, Alfredo circula al margen de todo y de todos. Una cazadora de cuero enfunda su cuerpo. El casco negro que oculta su rostro está adornado con dos alas de fuego grabadas a los lados. Le protege la cabeza externamente, pero interiormente su cerebro vaga por los sucesos acaecidos esa noche.

Es como si circulase en el interior de una cámara de aislamiento, sumergiéndose en lo vivido horas antes, desafiando a los densos nubarrones que ocultan intermitentemente la luna. Alfredo es un buscador de fortunas. Siempre lo fue, desde muy pequeño, cuando no dudaba en utilizar sus dotes embaucadoras para conseguir sus objetivos, independientemente del daño colateral que infringiese. Era y es un egoísta nato, montado sobre dos ruedas, protegiéndose tras el anonimato de la oscuridad. Es un mensajero sin mensaje, un heraldo sin escrito que, mientras consume kilómetros de carretera

de regreso a su trabajo, no deja de pensar en la mala suerte de esa noche.

Intenta explayarse sobre el asfalto mojado. El morse que lo decora compuesto de pintura blanca reflectante se les escapa a todos menos a él:

Raya Punto Raya Espacio Raya Doble Espacio - Click Clack
Click Click Clack Click Click.

Es el único que puede descifrarlo. Era su código secreto, su lenguaje de signos, con significados diferentes. A otros les da por no pisar rayas en las aceras o comenzar a cruzar la calzada con el pie izquierdo. Estas señales solo las interpretaba él y lo leía con claridad mientras montaba en su caballo de hierro sin riendas, sentado sobre su silla de cuero a la velocidad del rayo:

«Moro. Ladrón. Hijo de perra. Ali Babá. Rey de ladrones. Perro entre los perros».

Se sentía timado y engañado aquella noche y no paraba de repetir la retahíla, dependiendo de si había línea continua, discontinua o doble raya. El asfalto mojado dejaba un destello que estuvo a punto de provocarle un accidente. Las borrosas luces de la ciudad comenzaban a perfilarse más nítidas. Ya no parecían puntos luminosos difuminados en el horizonte y, a su paso, los edificios se protegían detrás de la anaranjada luz artificial que emanaba del escaso alumbrado.

La estela negra de la noche continúa extendiéndose, pareciendo engullir las almas. Alfredo, sobre su moto, seguía penetrando en esa oscuridad que difuminaba el día y rebosaba con el polvo negro de su ira. La ciudad avanzaba hacia el ocaso. Las farolas con su tenue luz contribuían al fantasmal alargamiento de las sombras, dando un aspecto más tenebroso a las figuras solitarias que deambulaban y se ocultaban detrás del manto de la oscuridad, engullidos como en una neblina espesa.

Alfredo, por un momento, pensó en las ratas, temerosas del gato, que invaden las alcantarillas esperando su momento. No entendía por qué pensó en ello, quizás él mismo fuera una rata azuzada por un felino, como Hassan el árabe.

Tampoco entendía al Gran Cíclope que, como dicen, siempre nos vigila y que, según nos enseñan desde pequeños, es el eterno vigilante, el divino, el amo. Quieres lluvia. Tienes lluvia. Quieres miedos. Tienes miedos y los esparce como oscuros nubarrones cubriendo el cielo. Dicen que nunca cierra su gran y divino ojo; que está abierto eternamente, como el purgatorio; y que solo lo cubre con un pequeño parche en alguna ocasión. Quizás pensó en ello al no entender como El Gran Cíclope no le había protegido esa noche.

El jinete sobre dos ruedas regresa al presente bruscamente, estimulado por las lágrimas traicioneras que comienzan a fluir de los lagrimales. Los nubarrones ocultan intermitentemente la luz de la luna. Lo que hace ver las calles más claras en su desolación.

Alfredo está algo cansado de la tensión vivida y decide darse un descanso, además comenzaba a arreciar la lluvia y busca un lugar donde poder cobijarse mientras espera el momento de seguir su marcha. Continúa en su obsesiva perorata acusatoria hacia Hassan el Traidor. El moraco. El ladrón. El perro entre los perros. No cesa de acusar a Hassan de su desgracia sobre lo acontecido esa noche, no desistía en su obsesión hacia su enemigo, el causante de su ruina, de su situación de bancarrota. Su fijación hacia él era constante, permanecía en su punto de mira como un tirador experto mantenía centrada su presa sobre la mira telescópica.

No se explicaba cómo lo había localizado en el casino. No sabía quién le había dicho dónde estaría esa noche. No había mencionado a nadie que iría al casino a probar suerte, tampoco lo había mencionado en el trabajo, donde Hassan y él apenas coincidían. De Hassan siempre tuvo una imagen muy negativa, esta noche con más razón. Odiaba a Hassan. El usurero de Hassan. El timador de Hassan, habituado a la extorsión y al tráfico de todo.

Buscó, para reunir algunas monedas abandonadas, por diferentes bolsillos de la cazadora y compró una cerveza a un pequeño chino de sonrisa inanimada en su rostro que vendía latas y para-

guas, ajeno a la intensa lluvia que caía. Tenía una espléndida oferta de dos latas por una.

Se sentó al resguardo de una marquesina. Volvía a pensar en el sarraceno haciendo balance de lo ocurrido. Tenía nombre de perro pulgoso. Hassan, ven aquí. Dame la pata, Hassan. No te subas al sillón, Hassan. Piérdete, Hassan. Puerco. Deseaba emborracharlo y hacerle tragar cerdo hasta que reventase. Hasta que el alma de musulmán saliera de estampida de su cuerpo de ladrón. Le tenía que quemar la jodida alfombra sobre la que recitaba frases todos los días. Le gustaría cortarle su sucio cuello por debajo de la papada y darle los restos a la serpiente.

Estaba seguro de que Hassan era homosexual, no podía ser de otra forma, no conocía en él mujer alguna, ¿no le gustaban?, estaba convencido de ello. A él no le podía engañar. Detectaba a los maricones a la legua. Tenía un radar en el culo que se volvía loco cada vez que estaba cerca de ellos. Esa noche, en el casino, la alarma del radar saltó y casi le hizo perder la razón por el zumbido insoportable de sus oídos.

Hasta ese momento todo le había salido bien, jugaba y ganaba en todas las apuestas que realizaba, parecía que estaba tocado por la mano de la fortuna, por fin, había llegado su noche de suerte hasta que llegó Hassan. Lo pensaba y cada vez se lo creía más.

El motero apuesto y casi galán, se había arriesgado todo el dinero que llevaba encima esa noche e incluso la paga del mes. En total, algo más de cuatro mil euros. Era toda la fortuna de la que disponía para jugar a los dados. Esperaba multiplicar por mucho esa cifra. Quizás por diez, por veinte, por treinta y que lo llevase a despojarle de todos sus problemas.

Los dados hablaron transmitiéndole el inicio del juego, jugaba y ganaba, volvía a apostar y ganaba nuevamente, nunca había tenido tanta fortuna como esa noche. Acariciaba los dados en su mano, los frotaba constantemente, los soplaba insuflándoles suerte, los soltaba suavemente sobre el tapiz de la mesa oval, cerraba los ojos como acumulando toda su energía depositada en los dos cubos

de marfil. Los hacía rodar con su aliento y, cuando paraban, se le quedaban mirando.

Ganaba. Otra tirada. Volvía a ganar. Todas las veces que tiró esa noche los dados, le otorgaron la fortuna de ganar.

La Diosa Fortuna estaba de su lado, se sentaba en su misma silla, soplabla los dados con él, le susurraba al oído y hacía frenar los dados justo en su número.

Estaba siendo su noche. Se compraría una moto nueva, de mayor cilindrada, que le haría volar. Volvería al *gym*, para aumentar su *sex-appeal*. Le gustaba ser punto de atención de las mujeres.

En qué mala hora cambió de juego. Por qué cambió de mesa. Los dados le estaban dando suerte. Quería más, no podía parar. Estaba tan cegado por la suerte que no pensaba en ningún momento en la posibilidad de que la diosa lo abandonase.

No consideró ni una sola vez, el parar e irse con las ganancias, tenía que continuar apostando.

Por qué tuvo que ceder y hacer caso al diablo en forma de mujer que le abrazaba el cuello y le susurraba al oído el probar suerte en otras mesas, con otros juegos y ante diferentes jugadores. La serpiente tentadora le ponía enfrente la fruta prohibida.

Por qué tenía que hacerle caso. Siempre le pasaba lo mismo con las mujeres, se sentía provocado por ellas, siempre tenía que demostrarles algo, no sabía qué, pero siempre se sentía arrastrado como la corriente engullendo los objetos en el río. Estaba obligado a seguirlas. Era muy frustrante para él, demostrar siempre que era un hombre.

—¿Por qué no vamos a la ruleta? —le había insistido al oído la exuberante morena, colgada de su brazo y con la cabeza sobre su hombro. Era una asidua del casino—. Soy tu muñeca de la suerte.

Lo seguía arrastrando hacia el abismo y él no podía impedirlo, no tenía posibilidad de negarse, tenía que demostrar... ¿que era valiente?, ¿arriesgado?, ¿que era, sin dudar, un hombre?

—Sí, ¿por qué no? Vamos —dijo él—. Toma y cómprate otro perfume, el que llevas espanta a las moscas.

Se lo dijo entregándole un buen puñado de fichas rectangulares de varios colores. La fulana del casino, acoplada a su brazo, no era precisamente un legado de elegancia y buen gusto. Trabajaba bañada en un perfume barato y empalagoso. Llevaba enmarcado su oficio como en un luminoso.

—Te quiero, me enamoras, tío —fue su escueta respuesta.

Era el puto rey, así se sentía. Todas las miradas eran para él y eso era lo verdaderamente importante. No es que fuese algo distinto de lo habitual, no. Estaba convencido de su éxito, de su atractivo, de sentirse como un verdadero galán de cine. Se sentía observado por las mujeres y sabía que les gustaba.

También alguna vez los maricas giraban la cabeza al verlo pasar cerca de ellos. Alfredo se sentía observado, deseado, al menos era su percepción.

—Eh, maricón, que no soy uno de los vuestros —los increpaba—. A mí me van las tías, no los culos.

Lo dejaba siempre claro: «No soy gay. A mí me van las mujeres». Tenía un miedo casi patógeno a que lo tomasen por uno de ellos. «Él», no era posible, poseía muchas pruebas y siempre podría demostrar que no era gay. Su historial lo avalaba.

La ruleta lo seducía mucho menos que los dados, no era su juego favorito, pero sabía que, si continuaba la buena racha, podría ganar mucho más dinero ya que las apuestas son mayores. A pesar de no atraerlo tanto, era emocionante el esperar a que la bolita dejase de dar saltitos, de rebotar en las paredes de la ruleta y, cansada de dar vueltas, se echase en su casilla.

Cuando se inició el juego siempre eligió la misma casilla, el once negro. Lo atraía este número, era como un imán para Alfredo. Además, era una casilla en negro, su color. Negrísimo. Creía ver en él un tesoro escondido. Todo sería para él. Representaba su número cabalístico. Era su número elegido en las terminaciones de Lotería o de cualquier otro juego de azar.

Siempre, en su cotidiana vida, buscaba afanosamente el número once. Creía darle suerte. En alguna ocasión eligió el piso undécimo

para alquilar. En vacaciones intentaba hacerse con habitaciones con los dos unos en los hoteles, incluso, lo buscaba al elegir una butaca en el cine. Padecía de «oncemanía».

Delante de la ruleta seguía apostando al once negro y continuaba ganando. La secuencia repetitiva de este número empezaba a infundir sospechas en los demás jugadores. Podían creer que la mesa estaba trucada. Pero él seguía apostando a su once negro. Todo marchaba bien, definitivamente quedó confirmado que también tenía fortuna con la ruleta y no eran únicamente los dados los que le inspiraban suerte.

Intenta repetir el familiar movimiento de depositar el montón de fichas sobre la casilla negra con las dos manos, queda petrificado a mitad de camino, como en una imagen fija. Una inmensa mano gorda y grasienta, con cinco dedos que parecían morcillas y que sujetaban las fichas de plástico coloreadas entre el índice y el pulgar, las depositó sobre su once negro. Alguien se había anticipado a su movimiento y esa situación, él lo consideró como una usurpación del número al que él estaba apostando.

—¡Pero qué cojones hace! Ese es mi número —dijo enfadado telegrafando la ira en su mirada. El rostro tenso y las venas del cuello ingurgitadas acompañaban su gesto.

Con frecuencia perdía el control y esta era una de esas veces. Notaba, al igual que en un volcán, como la lava de su ira se elevaba concentrándose en la glotis y ensanchando las aletas nasales, a punto de estallar.

Era demasiado tarde. Casi siempre lo era en su caso, con las cosas importantes. Quizás su mala estrella tenía mucho que decir o quizás su impaciencia. Pero siempre llegaba tarde a lo fundamental. Nunca practicó que lo primero es aprender y después saber esperar el momento.

La grasienta y amorcillada mano ya había colocado las fichas en la casilla negra y esa misma mano no estaba dispuesta a retirar sus fichas del once negro.

—Tarde, llegaste muy tarde —fue la lacónica respuesta del usurpador, con una voz tranquila y ruda, sin levantar la mirada de la mesa y que Alfredo inmediatamente identificó.

El joven motero giró su cara perlada de sudor, donde sus ojos desorbitados lo decían todo y, en ese preciso momento, lo vio allí, era él, no había la menor duda, era Hassan, el déspota. Hassan, el cerdo. Hassan, el moro. Le sonreía con un gesto de dominio, mostrando los dientes de oro que lo provocaba y añadía a su sonrisa un aspecto feroz.

«¡Qué mala suerte!». Con la cantidad de garitos que había en Madrid y tener que ir a parar al mismo lugar, parecía que lo había seguido. Quizás había sido así y no se había percatado del hecho.

—Apuesta a otro número, cariño —insistía la acompañante mientras marcaba en exceso la línea de sus labios con un llamativo color granate.

—Pero ese número es el mío. No quiero apostar a ningún otro. Y usted no se quede ahí parado, ¿no puede hacer nada? —se dirigía al crupier con gestos ostensibles de enfado.

—Lo siento, señor. El caballero lo ocupó primero y no hay nada que le obligue a retirarse de esa casilla si él no lo desea. ¿Va a apostar a algún otro número?

Por supuesto que apostaría a otro número. Pues claro que sí. ¿No era aquella acaso su noche? No podía perder. Cogió todas sus torres de fichas y empujándolas con las dos manos las depositó en otra casilla, actuaba como un estratega sobre el tablero, planificando batallas. Ganaría esa y todas.

—Todo al doble cero.

Se giró hacia su acompañante besándola en los labios.

—Te quiero.

Lo dijo y volvió su mirada a la mesa de juego.

—No va más —el crupier dictó su sentencia oteando al resto de jugadores que se mantenían atentos al desenlace de la jugada. Fueron las palabras que anunciaban el fin del mundo.

Las trompetas de Jericó comenzaron a sonar y, de pronto, pummm. El cielo raso se le cayó encima. Fue absorbido por el

espacio exterior. Pummm. La gravedad hizo que explotase, se desintegró. Sus átomos pasaron a formar parte del continuo: pulsares, estrellas, planetas, asteroides, agujeros negros, galaxias, nebulosas, polvo interestelar, vacío, materia oscura.

La misma explosión le devolvió al Casino. Levantó los brazos y, con la cabeza hacia atrás, extendía las manos intentando buscar una explicación. Un gutural grito invadió toda la sala. El aullido se perdió con la corriente del tiempo, arrastrado por la fuerza de los segundos. Era el fin, todo terminó, perdido nuevamente. Estaba acabado.

Perdió sus cuatro mil euros porque la jodida bolita se posó en su número, once negro. Negro. Negrísimo. Ira arrinconada. Furia recorriendo sus arterias. Deseaba arrancarle los ojos a Hassan, al ratero; guardar en cloroformo su corazón obstruido por los excesos.

Y la morena era una fulana a la que quería clavarle las uñas en su precioso rostro. Le llevó en volandas hacia la mala racha, arrojándolo con un manto de persuasión e incitándolo a cambiar de juego y transportándolo al fracaso y la ruina. Quizás estaba compinchada con Hassan, quizás este la reclutó en su ejército de estafadores y la instó a convencerlo para cambiar de juego.

—Bueno, quizás otro día tengas más fortuna —la morena intentaba abrazarse nuevamente a él—. ¡Qué mala suerte! Esto es lo que yo llamo un mal trago. Y hablando de tragos, necesito uno de verdad. Voy a tomarme una copa.

Él se volvió bruscamente hacia ella, había accionado el interruptor que mantenía controlada su reacción. Esa mirada ya la había visto antes en otras como ella, no era la primera vez que le miraban de esa forma. No lo soportaba. Le gustaría poder arrancársela. Lo juzgaban. Parecía que le querían decir nuevamente: «¿Y tú decías que eras...? ¿Un macho? A mí me parece que no eres más que una mariposa linda. Vuela, vuela. Aléjate de mí».

—¡Que no soy gay! —gritó para que el mundo entero se enterase, se deshizo de todo lo que estaba a su alcance y con un golpe

tiró las sillas por el suelo. Levantó la mano derecha y abofeteó a su acompañante con todas sus fuerzas. Reculó arrastrando en su caída a tres mirones que, sorprendidos por su reacción, se quedaron paralizados en su camino.

—¡Entérate, zorra! —gritó a la mujer.

Su ira era incontenible, la saliva a punto de desbordarse por las comisuras de su boca. La carótida latía insuflada como un pequeño globo alargado a punto de explotar.

Volvió la vista hacia la mesa. Saltó a por las piezas que todavía ocupaban el tapete, cayó al suelo al partirse por la mitad. Fichas lloviéndole en la cabeza.

—¡Todas son mías! —gritaba.

Porras y puños como piedras granizaban en su nuca. Perdió el sentido. (Bueno, no creo que sea la mejor forma de decirlo, puede dar lugar a confusiones no deseadas). Perdió el conocimiento. (Ahora sí). El sentido, entendido como juicio, no podía perderlo porque lo había dejado atrás hacía ya mucho tiempo.

En el callejón oscuro donde despertó, recuperó el oído antes que la vista, el gusto antes que el oído y el tacto fue el primero en despertarse. Sentía que su cara estaba aplastada contra algo pastoso, que su lengua era una lija del doble cero (maldito número), le llegaban sonidos espesos entrando a codazos por sus oídos. Vio un gato al abrir escasamente los ojos. ¿Era un gato? Le miraba fijamente encogido como un ovillo.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a bombardear la calle y, como no había resistencia, vinieron más. Se levantó magullado. Se palpó para ver si estaba entero. No había sido nada, le habían propinado repasos mayores.

Le bastó con recordar aquella vez que se retrasó tres meses en el pago de los doce mil: una pierna magullada, mandíbula partida y varias costillas fracturadas. El dolor físico no fue lo peor, en aquella ocasión, pudo soportarlo. Además, aprovechó, y ya que estaba en el quirófano, se operó la nariz que siempre le había parecido demasiado ancha.

Ahora se incorporaba nuevamente dolorido, la lluvia le inundaba su agotamiento, estaba acabado y en algún momento pensó que tenía que volver al trabajo, pasar toda la madrugada de recepcionista en el hostel estrellado, y no por las dos miserables estrellas que se mantenían como consecuencia de las gratificaciones que el cerdo del jefe daba a los del ayuntamiento.

El refugio se llamaba Trapisonda, extraño nombre. Había tenido su momento de éxito, cuando los de Madrid se volcaron con la movida durante los ochenta y todo lo estrafalario, exótico y raro ganaba su hueco, pero se había venido abajo y ya no era más que un picadero, un cuchitril. Centro cívico de perdedores y perdidos. Era un manicomio para chiflados, hogar del proscrito, ratonera de inmundicias sociales. Incluso las cucarachas salían a morir al callejón, convertido en cementerio de bichos. Un desguace de corazas quitinosas, era como un campo de combate medieval después de la contienda.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No por el agua de lluvia que martilleaba su cazadora de cuero, resbalando desde el cabello al rostro sin cese de continuidad. El frío paralizante era MIEDO, miedo a enfrentarse a situaciones en las que estaba totalmente perdido. PÁNICO a que todas las deudas que tenía empezasen a ser reclamadas. Sus ojos se humedecieron no solo por la lluvia.

Tenía pavor a que le desfigurasen su cara de efebo y no pudiese llegar a ser un actor famoso. Lo del porno era un pequeño alto en el camino, un paréntesis que estaba bien, pero era solo un tranco en su carrera y en sus pretensiones de llegar más lejos. Solo aspiraba a ganar unos euros extras hasta que llegase su gran oportunidad, su momento. Pronto le darían algún papelillo, quizá con diálogo, en alguna serie de televisión. De ahí a la fama quedaban dos pasos.

Pero su carrera y todos sus sueños de ser actor se verían truncados si los prestamistas empezaban a perder la paciencia y a reclamar lo que les debía. Se veía con el rostro desfigurado por las incesantes palizas y con su cuerpo maltrecho y abandonado en un frío garaje del extrarradio de la ciudad.

La advertencia, «Si no pagas te vamos a lisiar. Tu carita quedará tan mal que ni la cirugía podrá hacer algo contigo. Tu único sitio estará en el zoo», lo contemplaba como posibilidad en toda su crudeza.

Llevaba retrasando el pago de sus últimas deudas casi cuatro meses. Esta vez se había pasado de verdad. Estaba seguro de que cumplirían su palabra y empezó a inhalar el miedo. Recogió su moto y quiso huir del laberinto del que era imposible salir. El miedo es como un gato tizón asustado. Negro. Negrísimo.

Protegido bajo la cubierta de la marquesina. Seguía pensando. La madrugada avanzaba y llegaba muy tarde a su trabajo. No podía dejar de pensar en su mala suerte. Esperaba continuar con su vida cuando dejase de llover, pero dada su mala racha, posiblemente no dejaría de llover nunca.

2

—Andrea, tienes que hablar y decirme quién te atacó y te hizo esos moretones.

En la comisaría sabían que no diría nada.

—Imagino que no quieres decirlo, pero creo que detrás de lo que te ha pasado está El Rubio y necesitamos dar con él.

El comisario Dávila asistía al interrogatorio de la joven, acompañado de parte de su equipo de investigadores, el inspector Ramón Alcocer y de la agente Elena Vega, esta había proporcionado a Andrea un café que también le servía para calentarse las manos. Su nerviosismo era patente, aferrada al vaso, como recién rescatada de una patera.

Dávila quería darle confianza y que pudiese abrirse a él. Conectar de alguna forma con ella.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veintidós —había sido la lacónica respuesta de la joven, ocultando su rostro entre las solapas de su chaquetón.

Un rostro que reflejaba miedo, inseguridad, desconcierto sobre lo que le estaba pasando. Su piel pálida tenía grabadas las secuelas tumefactas de los golpes sobre su joven rostro. Era el sello dejado por su agresor indicando su propiedad. Era su divisa.

Dávila seguía interrogándola, tenía ante los ojos el informe preliminar que habían elaborado sus colaboradores desde que la encontraron tendida en un callejón. Lo mantenía abierto sobre la mesa. No avistaba posibilidad de sacar nada en claro de dicho informe y mucho menos la relación con los asesinatos de mujeres

que se estaban produciendo. Pero su experiencia le indicaba el camino para buscar cualquier cabo suelto que lo llevase a desenrollar el ovillo.

Los investigadores removían el entorno de las víctimas e intentaban recomponer los últimos movimientos que habían realizado, sabían que las primeras cuarenta y ocho horas son fundamentales para poder concluir con éxito una investigación de estas características. Buscaban indicios, coincidencias, parámetros de conducta comunes. No cabía duda de que era un sujeto que odiaba a las mujeres, un enfermo psicópata de conducta obsesiva que utilizaba el mismo patrón en todos los casos.

Dávila dejó a la joven con la agente Elena Vega, quería darle tiempo a pensar. Estaba demasiado aturdida para responder de forma coherente. La cercanía de otra mujer, aunque fuese policía, la ayudaría a relajarse y quizás a sincerarse. Lo había visto muchas veces. Este tipo de personas no dejaban de ser niñas indefensas buscando el consuelo de una amiga, a pesar de haber iniciado de forma traumática y precipitada su paso hacia la madurez.

Mientras tanto, el comisario se acercó a la máquina del café. No había dormido bien. Lo necesitaba. Se había mantenido la noche anterior despierto delante del televisor, hasta quedar dormido. Otra noche de insomnio. Pensó en su exmujer. La echaba de menos. Añoraba los comentarios, siempre sagaces, que le aportaba sobre alguno de los casos más complicados con los que se había enfrentado.

Era una buena pedagoga, que daba clases de Lengua en el Instituto. Habían estado casados veintidós años y ella siempre estuvo a su lado, soportando noches en vela, con la incertidumbre de lo desconocido, sin saber si le había pasado algo. Él nunca supo valorar las situaciones por las que había bregado su mujer. En más de una ocasión se había portado como un «cabrón egoísta». Ahora era tarde y lo había abandonado.

El comisario jefe Dávila observaba en el cristal de la ventana cómo las gotas de lluvia chocaban contra el translucido elemento

y se deslizaban por efecto de la gravedad, dejando una estela a su paso. Eran numerosos y diminutos caminos que escapaban por los bordes inferiores del ventanal y que estaban a merced del viento para ir cambiando de dirección. Le gustaba hacer apuestas sobre cuál de ellas llegaría primero. Era una forma sencilla de no pensar. Era como el caso que llevaba entre manos y se le esfumaba por las esquinas.

El viento seguía arreciando y los gélidos goterones acribillaron el vidrio. Acercó la mano abierta al cristal y notó el frío penetrante sobre su palma. Se vio reflejado en el cristal. Allí estaba él. Su cara envejeciendo. Su pelo que comenzaba a escasear desde hacía tiempo. Sus canas adornando las patillas. Sus ojeras como bolsas expectantes a descargarse de lágrimas. Su mano robusta. Su mirada huidiza. Buscó sus ojos. Fue fuerte: resistió su propia visión.

Cerró los ojos. Todavía era joven, cincuenta años, no son muchos años para el siglo veintiuno. Replegó la mano y se la restregó en la chaqueta, quería secarla o quizás limpiar su imagen vivida sobre el cristal. A veces deseaba poder estar así, sin ver nada más. Solo con la lluvia que limpiaba todo a su paso incluso sus recuerdos.

Después de la separación, quiso pedir el retiro e irse al norte. Asturias había sido el lugar de su niñez, su primera escuela y su primera maestra, sus amigos de la infancia, el musgo sobre las piedras umbrías, el verdor de los prados y el sonido del agua en los arroyos. En muchas ocasiones percibía ese olor, incluso el céfiro viento sobre las copas de los árboles. Si, era relajante, era su sueño, lo añoraba y esperaba que algún día pudiera volver a sentirlo. El estrés de la ciudad lo empujaba a ello.

El inspector Alcocer lo sacó de sus reflexiones de una forma brusca, parecía una noticia importante lo que tenía que decirle.

—Comisario, me comunican que acaban de encontrar a otra joven muerta, parece que en las mismas condiciones que las anteriores.

—¿Donde la han encontrado? —Dávila dirigía una mirada incrédula al inspector.

Alcocer responde mostrando cierta inquietud.

—Al parecer su cuerpo estaba en un contenedor, entre escombros y basura. Un indigente que buscaba entre los restos creyó encontrar una chaqueta y, al tirar de ella, salió la mano.

—Bien. Preparad el coche mientras acabo el interrogatorio de la joven Andrea. Solo te pido un favor, cuando tengas todo listo para salir, entras en la sala de interrogatorios dónde estamos y nos cuentas nuevamente que han encontrado a la joven en el contenedor.

—Pero si se lo estoy con... No entiendo.

—Ya lo sé —responde, interrumpiendo al inspector Alcocer.

—Tú haz lo que te he ordenado. Dame unos minutos —insistió el comisario.

Dávila tomó un sorbo largo de café, marchando nuevamente para retomar el interrogatorio de Andrea.

—Además de las palizas, ¿que más te proporcionaba El Rubio? —Dávila intentaba continuar mientras digería el brebaje de achicoria que le había proporcionado la máquina.

—¿Te facilita drogas? —le inquirió—. Quizás no sepas que hay tres chicas muertas a manos de un sádico maltratador de mujeres. Podría ser él. Nunca se sabe con este tipo de individuos.

Andrea era una de esas jóvenes que había sido bonita no hace mucho, ahora estaba gastada y envejecida. Había venido desde Galicia buscando hacerse actriz y terminó vendiendo su cuerpo en las calles.

—No le debes nada a nadie, Andrea, y mucho menos a un individuo que te ha exprimido al máximo. Solo te lo debes a ti misma. Queremos hablar con él. Nos das la dirección donde lo podemos localizar y nadie se enterará que fuiste tú. Te protegeremos, tienes mi palabra.

La joven agachaba la cabeza, continuaba firme y negándose a contestar. Ocultaba su cara detrás de un pelo ralo y sin vida. Las huellas del miedo seguían visibles en sus hematomas, que cada vez eran más distinguibles por el color céreo de su cara. Eran como

el sello que El Rubio quería que la gente viese. Era su terrorífica marca. Su forma de avisar al resto de sus esclavas.

El comisario era un hombre con experiencia que había conseguido ese puesto a base de esfuerzo y trabajo. Incluso, se había dejado en el camino un matrimonio al que no pudo anclar a su lado. Poseía grandes dosis de paciencia y dosificaba los tiempos de forma magistral.

Se dirigió a la agente Elena.

—Suéltala. No quiere colaborar. Ella sabrá a qué se expone.

Recogió sus carpetas y la libreta de anotaciones, sin levantar la vista de lo que hacía, miró a la agente Elena y salieron por la puerta de la pequeña sala de interrogatorios, mientras otra agente de policía ayudaba a la joven Andrea a levantarse.

En ese preciso momento hace su aparición delante del comisario, el inspector Alcocer, quien informa del nuevo hallazgo del cadáver de la mujer en el contenedor. Dávila se vuelve hacia Andrea y le entrega su tarjeta con el número de teléfono, comprobando la turbación que produce en la joven la notificación que acababa de escuchar.

—Si cambias de opinión, llámame —se volvió al inspector Alcocer—. ¿Está el coche listo?

—Sí, comisario, hay dos agentes esperando en el parking.

La joven Andrea se detiene bruscamente levantando su rostro tumefacto y retirando su pelo ralo de la cara.

—Comisario, lo pueden encontrar en el Polígono, en el bar «del cojo». Suele quedarse hasta las ocho de la noche, después coge su BMW rojo y se da una vuelta haciendo caja. Regresa a la ciudad sobre las nueve o nueve y media. Allí se quedan controlando El Quinqui y El Bosnio.

—Gracias, Andrea, hiciste lo que debías, yo me ocuparé de que no vuelva a ponerte la mano encima.

Dávila le acarició los hombros levemente en un gesto paternal y la miró a los ojos. Unos ojos cansados y cercados por una sombra marcada en su parpado inferior, sin apenas vida a pesar de su juventud.

—No creo que El Rubio tenga algo que ver con estos asesinatos —el inspector Alcocer está casi convencido de ello.

—¿Por qué llegas a esa conclusión? —Dávila le lanza la pregunta, mirando las primeras gotas cayendo sobre el parabrisas.

Alcocer lo razona.

—El Rubio es un delincuente, pero no creo que elimine a las mujeres, eso iría contra su propio negocio y creo que jamás lo haría.

No habían transcurrido veinte minutos cuando llegaron al lugar donde estaba el contenedor, no muy lejos de la comisaría. El día se presentaba desapacible y lluvioso, oscuro muy oscuro, como los sucesos que estaban ocurriendo. El comisario llegó cuando la policía científica ya estaba desplegando toda la parafernalia de estas ocasiones, reflectores que hacían parecer de día lo que en realidad era la oscuridad de la noche, policías con monos blancos y malletines de aluminio, cintas de seguridad rodeando la periferia del contenedor, agentes fotografiando cualquier indicio o pista existente, que no tuviese una explicación lógica para estar ubicadas en el lugar. Parecía más el escenario del rodaje de una película que el escenario de un crimen.

Dávila se acercó al oficial de la científica, que parecía coordinar a todo el equipo. Era una mujer joven y atractiva, a quien veía por primera vez.

—¿Qué tenemos oficial? ¿Algún dato que destacar?

—Parece que lleva más de veinte horas muerta. Sabemos que la trasladaron envuelta en una especie de sábana. La encontramos oculta entre escombros. Esta vestida, pero no hay ninguna identificación, ni bolso, ni cartera.

La oficial le muestra el cadáver en el lugar exacto donde lo encontraron. Un olor mezcla de basura y sangre seca inunda el ambiente, a pesar de estar al descubierto.

Dávila hace una observación sobre el cadáver.

—¿Qué significa esa especie de tela que tiene sobre el rostro? ¿Lo encontraron así?

—Sí, efectivamente, lo encontramos así, con la cara cubierta. —relataba pausadamente la joven oficial—. En un principio creímos que era un trozo de tela del contenedor, que se había colocado caprichosamente sobre su rostro, pero al intentar retirarlo y fotografiar su fisonomía, comprobamos que la tela estaba pegada con sangre coagulada.

—¿Podrá retirarlo ahora? —la pregunta que realiza el comisario es más una orden.

La oficial científica advierte.

—Lo que se va a encontrar es algo desagradable, comisario.

—Llevo muchos años viendo de todo, quizás cosas que nunca habría imaginado. Gracias por la advertencia. Es muy delicado por su parte. Pero ahora queremos ver eso tan importante que se oculta tras ese mínimo tejido.

El látex blanco de los guantes del oficial contrastaba con el rojo casi carmesí del paño que ocultaba el rostro. Sujetando una de las esquinas retiró la tela que lo cubría. El horror se hizo patente ante los presentes. Alcocer no pudo reprimir un gesto de repulsión ante el panorama expuesto delante de sus narices. Incluso Dávila hizo un gesto de contrariedad. El rostro de la joven aparecía ensangrentado, casi en su totalidad. El tiempo transcurrido había formado grandes coágulos en sus cuencas oculares. Los ojos habían sido extraídos.

Dávila intentaba olvidarse del día transcurrido. Se sentó delante del televisor y se abrió una cerveza. No quería pensar en nada de lo que había ocurrido e intentó borrar la victimología de la mujer sin ojos.

Soñó nuevamente con sus bosques del norte. Con su casa de piedra, pizarra, madera y agua. Soñaba con su padre saliendo ennegrecido de la mina con las marcas blanquecinas dejadas sobre su

frente al aliviarse del casco, sus manos ásperas cuando lo acariciaba y el luto de sus uñas. Soñaba con su madre cocinando en el horno de leña, su pelo recogido con infinidad de horquillas lo mantenían sujeto, el delantal blanco añil, impecable, sobre su regazo que jamás se ensuciaba. Era toda una paradoja, el contraste del negro de mi padre y el blanco de mi madre. Todo había pasado. Todo eso se había perdido. Todo.